

Hacia mas de una hora que estaba en la ventana abismado en sus sueños, cuando vió pasar á lo léjos, bajo los árboles, un hombre vestido de negro como vos y yo

Imaginóse en un principio que era el capellan de la Roche-l'Epine, el cual podia haberse detenido en el parque; mas luego vió que era un hombre alto y delgado, y fuera de esto se convenció muy pronto de que su trage no consistia en una sotana. Era ya la media noche Media noche! una hora increíble en provincias. Qué podia hacer en el parque de Champauvert aquel hombre á media noche?

Octavio no tardó mucho en dirigir esta indiscreta pregunta á las estrellas.

Otra vision blanca se le apareció, errando tambien debajo de los árboles y dirigiéndose hácia el hombre negro.

—Esto es imposible! dijo de pronto Octavio con un furor súbito.

Habia creído reconocer á la señorita Genoveva de la Chastaigneraye.

Se frotó los ojos para ver mejor.

No vió nada.

Escuchó y solo oyó el murmullo de las hojas.

—Vamos, vamos, dijo el duque de Parisis: me vuelvo loco ó estoy alucinado. Qué cosa tan triste es no creer en nada!

XXXIV.

LA MISA DE DON JUAN.

Al dia siguiente, cuando Octavio saludó á Genoveva, esta puso en sus manos el devocionario de su tia Regina.

—Vuestra salvacion está aquí, dijo su prima.

Eran las diez y media. El señor de Parisis y Genoveva, seguidos por la señora de ochenta primaveras y la señorita de Moncenac, entraron en la iglesia de Champauvert. Todos los aldeanos se volvieron y saludaron como si Dios hiciera su entrada.

Octavio estaba distraido: le parecia haber visto como Violeta erraba en torno del castillo.

En la capilla de la Virgen la señorita de la Chastaigneraye se arrodilló delante de una silla rústica.

—Si quereis, primo mio, podreis sentaros en el banco de honor con la señorita de Moncenac y la señora Brígida, que son dos orgullosas. Pero yo creo que el mejor puesto es el mas humilde.

Octavio se guardó mucho de dejar á Genoveva.

Tenia en su mano el devocionario. Quiso proseguir la conversacion pero ella le dijo:

—Abrid vuestro libro, primo, ya que no por vos, en recuerdo de mi tía. Leed la misa en su obsequio: esto os hará bien.

Octavio hojeó el devocionario.

Era un antiguo misal con miniaturas dignas de un museo de reyes ó de un tesoro de la iglesia. La caligrafía y las pinturas, recordaban el mejor período del siglo décimo quinto. Nunca se había sido tan delicado y atrevido; jamás se habían traducido con tanta unción y encanto, los grandes pasajes del Evangelio.

Octavio se hallaba admirando aquella obra maestra, cuando un papel de cuatro dobleces se escapó del devocionario y cayó á sus piés.

No llamó al acomodador para recogerlo. Esto lo comprendereis perfectamente. Su corazón palpité y sus ojos se iluminaron; no se porque hubo de imaginarse que aquel papel era un billete de Genoveva.

La jóven era tan fantástica que indudablemente había querido hablarle con toda la solemnidad de la Iglesia y del devocionario, bien como si Dios hubiese tratado de consagrar sus palabras.

Genoveva había visto caer el papel y al mismo tiempo que miraba en su libro de misa no perdía ni uno solo de los movimientos de Octavio.

La mugeres tienen ojos que ven, cuando no miran.

Octavio se preguntó si debía abrir aquel pliego. Quien sabe si era para él? no se atrevía á volverse

hacia su prima como si temiese descubrir su emoción. Pero, y si era un billete de ella? si era el secreto de un corazón que jamás se desenmascaraba?

Octavio desdobló el papel á medias. Esto ocasionó algun ruido. Parecióle que Genoveva le miraba. Se volvió hacia ella: sus ojos se encontraron. El jóven no era amigo del misterio.

—Habeis visto, Genoveva? dijo.

—Sí, he visto que un papel caía del devocionario: le habeis cogido y no le habeis leído.

—Sabeis porque no lo he leído?

—Confieso que lo ignoro.

—Porque no es mio.

—Os engañáis: no estaba en el devocionario que es vuestro?

Octavio no se hizo de rogar.

Estaba convencido de que iba á encontrar una hermosa sorpresa de Genoveva.

Pero nada de esto. La sorpresa era de otro género. Octavio miró á Genoveva con desaliento.

—Ya lo veis! que son estas patas de mosca?

—Estas patas de mosca, primo mio, son letras escritas por mi tía Regina.

—No sé si pobre descifrarlas.

La señorita de la Chastaigneraye dijo con voz dulce:

—No queráis mal á mi tía, pues tengo la seguridad de que escribió ésto en su hora postrera.

Octavio sintió una emoción repentina, y compren-

dió que tenia delante de sus ojos una de las páginas de su destino.

—Aquí se me dirige una súplica, dijo, leyendo las primeras frases:

Genoveva se inclinó hacia él y replicó:

—Es muy posible.

El señor de Parisis leyó:

«En nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, Amen.

»Cúmplase la voluntad de Dios en la tierra, y la mia, en mi familia.

»Este es mi testamento.

»Reconociendo que la mejor parte de mi fortuna, me viene de la generosidad de mi hermano el señor Raoul de Parisis, cuando su regreso del Perú.

»Creyendo que el gran nombre de Parisis no debe desaparecer:

»Yo, Angela Regina de Parisis, abajo firmada, lego toda mi fortuna comprendida en mis castillos, mis tierras, mis títulos de la deuda, mis obligaciones de caminos de hierro, mis inmuebles y alhajas, á mi querido sobrino Juan Octavio de Parisis; rogándole que venga, aunque no sea mas que una vez al año ante mi tumba, para hacerme las visitas de que me há privado durante mi existencia. Pero yo estoy cierta de que si yo hubiera sido menos rica, hubiera sido mas amigo mio.

»En nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, Amen.

»En mi castillo de Champauvert, en el lecho de muerte, el 5 de Agosto de 1866.

»REGINA DE PARISIS.»

Al leer por segunda vez: «En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» Octavio hizo el señal de la cruz, y dijo:

—Así no sea.

—Ah! gracias á Dios, murmuró Genoveva: la gracia celestial há tocado á D. Juan; acaba de hacer la señal de la cruz: Satanás se ha reconciliado con Dios.

Dos lágrimas brillaban en los ojos de Genoveva.

Parisis que no habia llorado desde mucho tiempo, quiso ocultar las suyas.

—Sabeis porque, Genoveva, dijo, acabo de dar gracias á Dios, y porque hice la señal de la cruz? No es á causa de haber visto el dedo de Dios en el testamento, sino porque he visto en él el dedo de la mas noble y la mas divina de las criaturas: el dedo de Genoveva de la Chastaigneraye.

La jóven quiso ocultar su emocion.

—No os comprendo, Octavio, dijo.

Este nombre, que aun no habia pronunciado al hablarle, resonó en el corazon del mancebo.

—No me comprendeis, Genoveva, ó, mejor dicho, vos no quereis comprenderme. Veo lo que há sucedido; este testamento no expresa la voluntad de mi tia sino la vuestra. Hé aquí porque no lo acepto.

Genoveva hubo de recobrar su acento burlon.

—Os lo agradezco, caballero, dijo, si es mi voluntad debierais obedecerla.

Octavio habia doblado el testamento y lo habia colocado en el devocionario.

—Héle aquí, dijo á Genoveva, cerrándolo con los broches de plata.

—Y bien, caballero, hoy mismo lo llevaré al notario, añadió.

Octavio cogió el devocionario con un movimiento repentino.

—Aguardad, dijo, quiero leerlo otra vez.

Genoveva no adivinó lo que iba á hacer.

Luego desdobló el testamento y besó con dulzura la firma de su tía.

En seguida lo hizo pedazos con una gracia esquisita.

—Hé aquí mi última palabra, dijo sencillamente.

—Octavio! qué estais haciendo?

El jóven dió la mitad del testamento á Genoveva y colocó la otra mitad en el devocionario.

—Guardémoslo los dos para probarnos, si algun dia la nobleza de corazon se pierde en el mundo, que se encuentre entre los Parisis.

En aquel momento el cura de Campauvert cantaba el *Pater noster qui es in celis*.

XXXV.

EL RAMILLETE DE ROSAS.

Celebrada la misa ocurrió en el pórtico de la iglesia una escena imprevista, que borró de pronto, las dulces emociones que sentia el corazon de Octavio y el de Genoveva.

Todo el país sabia ya la historia del testamento—no me refiero al último—y puesto que la señorita de la Chastaigneraye era la legataria universal, natural era que se la manifestase alegría. Las doncellas y los jóvenes aldeanos resolvieron levantarla con ramajes y flores una especie de palanquin, ó, mejor dicho, una silla de manos rústicamente labrada.

Ocho aldeanas vestidas de blanco y coronadas de margaritas habian ido allí al terminar la misa para ofrecerla ramos y suplicarla que ocupara la silla.

Genoveva aceptó con gracia un ramillete de rosas que le presentó la mas jóven de las doncellas, mas no quiso ocupar la silla.

—Haceis mal, prima, la dijo Octavio: resentireis á esta buena gente.

—Tanto peor, respondió Genoveva cogiendo el